

Solo tiene que subir la mirada para ver la fotografía en blanco y negro de Raimundo Domínguez desde ese sillón estampado donde pasa las horas, al lado de una mesa camilla, una ventana y la tele. Allí no están ni sus hijas, ni sus nietas, sino un joven de 18 años al que apenas conoció, del que no guarda ningún recuerdo. “Pero que tenía 9 años, qué le puedo yo decir de él”, exclama Cándida.

Era una niña cuando su hermano se subió a aquella maldita camioneta con las trompas franquistas pisándole los talones en dirección a Francia. Luego vino el terror nazi y la Segunda Guerra Mundial. No supieron nada de él hasta que recibieron aquella carta en francés donde decía que había muerto. Raimundo Domínguez forma parte de la lista de 102 ciudarrealeños asesinados en el campo de concentración de Mauthausen, solo hay dos mujeres y la mayoría no llegaban a los 30 años.

El proyecto Stolpersteine, que está presente en más de 20 países del mundo en forma de adoquines dorados con el nombre y los datos personales de las víctimas del holocausto nazi, ha llegado a Ciudad Real y con él la recuperación de la memoria. Raimundo Domínguez, de Miguelturra, Ángel Sepúlveda, de Campo de Criptana, y Wenceslao Fernández, de Arenales de San Gregorio, forman parte de la terrible lista.

Del campo a la guerra

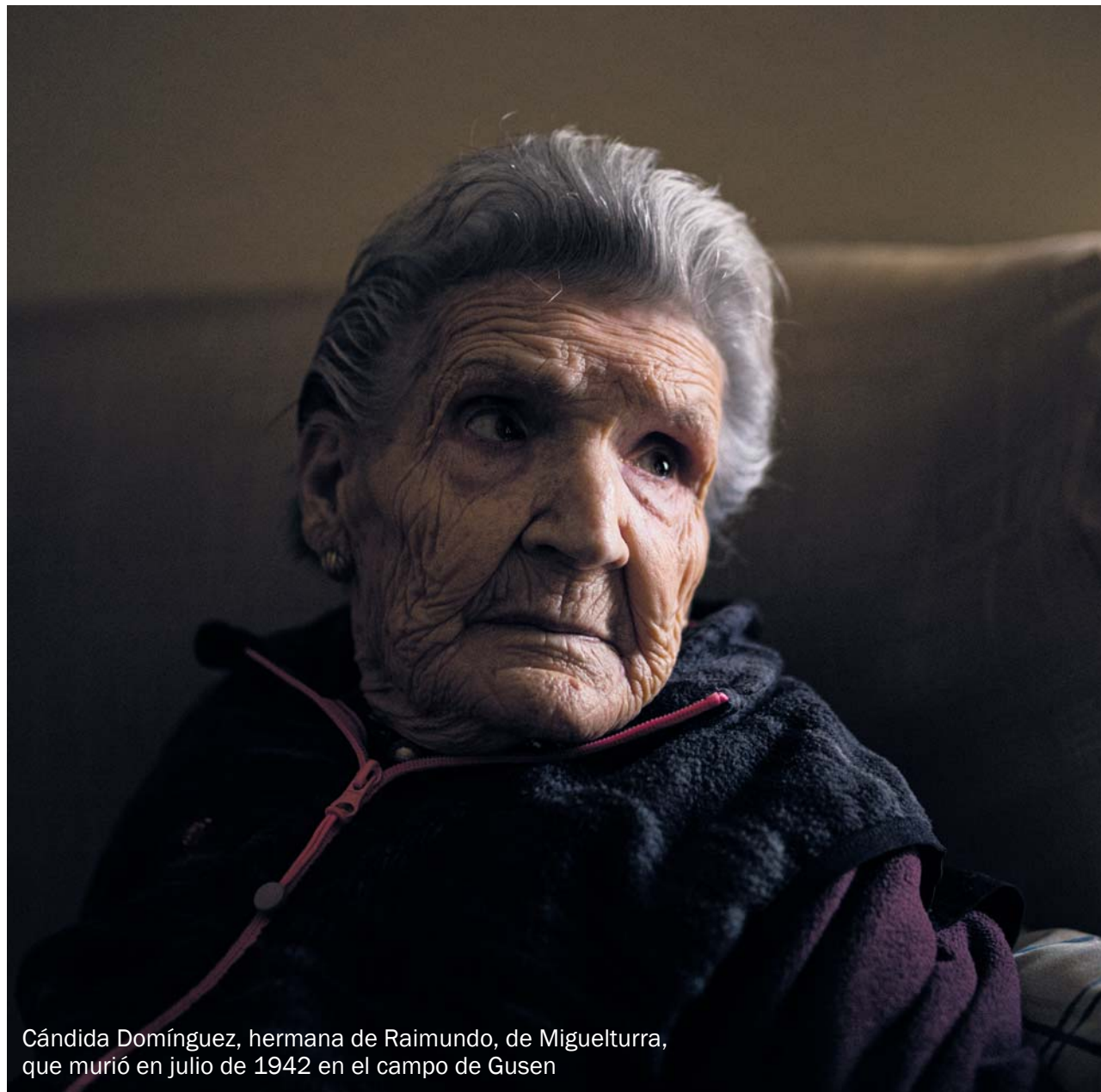
“Mi abuelo era jornalero, trabajaba con su hermano en la explotación de los Gachas -no sé si es un mote o se llaman así-, que tenían grandes extensiones de tierra y cultivaban vides y cereal. Eran terratenientes y siguen siéndolo”, cuenta Santiago Díaz-Hellín, nieto de Ángel Sepúlveda. El 18 de julio de 1936 estalló la sublevación militar contra la Segunda República y los historiadores locales documentan la violencia contra personas de derechas, de Falange y la Iglesia. Hasta “más de 80 personas murieron” en Campo de Criptana.

La consigna en la provincia fue controlar a los simpatizantes de la sublevación e imaginan que Ángel Sepúlveda, con 34 años, formó parte de alguna de las brigadas fieles a la Segunda República. Por entonces pertenecía a la UGT, pero “no existen testimonios directos” de que participara en ninguna ejecución. “Es raro, porque en los pueblos se sabe todo”, dice Santiago. De hecho, su hermano Domingo siguió trabajando con los terratenientes.

El tío Sabino, Wenceslao Fernández, “vino al mundo el 13 de enero de 1907 en Arenales de San Gregorio, y fue un jornalero más, preocupado por sacar a su gente adelante, a sus hermanos y a su madre que se quedó viuda”, cuenta Carmen Pilar Merino, sobrina de segundo grado. “Se lo llevaron a la guerra y no se a cuál bando, le dieron la escopeta y ya”, dice, extrañada de que tuviera militancia política en esta aldea que formaba parte de Campo de Criptana.

Muerte o exilio

“Como veamos a tu hermano que sepas que le vamos a matar”, esas palabras que escuchó Cándida Domínguez tantas veces, por la calle, al hacer la compra, resumen los motivos que condujeron a los tres ciudarrealeños al exilio al finalizar la Guerra Civil. De poco sirvieron las palabras desesperadas



Cándida Domínguez, hermana de Raimundo, de Miguelturra, que murió en julio de 1942 en el campo de Gusen

de una madre que decía a su único hijo “Raimundo no te vayas a ningún sitio”, al volver del frente. En España su futuro estaba escrito como el de los casi 4.000 represaliados asesinados por el Franquismo en la posguerra en Ciudad Real.

En aquellos días, Vicen Díaz-Pinto, sobrina de Raimundo, cuenta que los franquistas registraron la casa de sus abuelos para ver si estaba. Su madre siempre contaba que “tenían una escopeta guardada y que su abuelo la tuvo que echar al pozo para que no le pillasen, por si había represalias”. Raimundo, del que no hay constancia de militancia política, aunque sí de sus inquietudes por el arte, la cultura y la música, pues tocaba la guitarra, combatió en el frente republicano, y dejó atrás a sus padres y a tres hermanas.

La espera silenciosa de las familias en la España franquista

La ausencia invadió las vidas de estas tres familias, condenadas a la espera silenciosa en una España aislada del mundo donde a sus habitantes no les quedó más que sobrevivir. Santiago Díaz-Hellín cuenta que su abuela quedó abandonada a su suerte con cinco hijos muy pequeños y embarazada, “absolutamente pobres”, por lo que no les quedó otra que pedir, fueron los vecinos los que les surtieron durante años de los alimentos básicos.

“Mi madre contaba anécdotas, como que se repartían las calles del pueblo para pedir y se hacían competencia entre los hermanos. A veces se cruzaban y se peleaban porque otro había invadido su

zona. ¡Qué infancia!”, cuenta el criptanense. Otra vez su abuela encontró una cartilla de racionamiento con la que tenía derecho a 3 o 4 hogazas de pan, y fue a la panadería y la delataron. Cuando la guardia civil pidió explicaciones dijo “que la podían llevar a la cárcel, que por lo menos así podría comer”.

Gusen, el campo de exterminio de los “rojos españoles”

En el exilio, la fortuna de estos tres ciudarrealeños no fue mejor, en una Europa acosada por la Alemania de Adolf Hitler y que acabó inmersa en la Segunda Guerra Mundial. El padre de Raimundo Domínguez contaba que “su hijo sabía que tenía la espada de Damocles encima y que se tenía que marchar, pero se iba para seguir luchando por la libertad, para su familia”.

Medio millón de personas, la mayoría militares, milicianos o trabajadores partidarios del bando republicano, cruzaron la frontera por el sur de Francia y acabaron en campos de refugiados del sur, donde fueron obligados a trabajos forzados y a alistarse en el Ejército para luchar contra el avance de la Alemania nazi. Tras la derrota de París el 14 de junio de 1940, los españoles fueron deportados a stalag (campos de prisioneros) y después a los campos de concentración del régimen nazi de Hitler, la mayoría a Mauthausen, por donde pasaron casi 200.000 personas.

El registro de los republicanos deportados a los campos de concentración del régimen nazi de Hit-